

Obstáculos para la educación sexual en el siglo XXI

Obstacles to sex education in the 21st century

M^a V. Carrera Fernández, M. Lameiras Fernández, Y. Rodríguez Castro

Departamento de Análisis e Intervención Psicoeducativa, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad de Vigo

Resumen

Se exponen los principales obstáculos con los que en pleno siglo XXI sigue chocando la educación sexual, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. Para ello se describe brevemente el actual modelo de educación sexual, constituido por la confluencia del modelo moral-conservador y el modelo de riesgos o prevencionista, y se destacan sus características principales: su actitud permisiva, que reafirma la prohibición como telón de fondo; la creciente sanitización de la dimensión sexual humana, que promueve un modelo de sexualidad biologicista, y como tal coital y genitalizada; y la instrumentalización de la misma para la reproducción social, convirtiendo a la educación sexual en un modo de reproducir una *concepción tradicional y sexista de las relaciones sexuales*.

Palabras clave: educación sexual, modelo prevencionista, sexismo, sexualidad.

Summary

In this article we discuss the main obstacles to sex education, still present at the beginning of the 21st century both in Spain and abroad. We briefly describe the current model of sex education, a combination of the moral/conservative and the risk/preventionist models. These models are characterised by an apparently permissive attitude toward sexuality, but in reality their underlying message reaffirms the traditional view of sexuality as being in some way morally suspect. Today's model of sex education also emphasizes the maintenance of physical health by focusing on preventing the possible negative consequences associated with sexual activity (e.g. sexually transmitted diseases and unwanted pregnancies). At the same time, present-day sex education programmes continue to promote a biologically-based model whereby sexuality is presented as revolving primarily around sexual intercourse and genitalia, rather than presenting a broader perspective. In this way, current sex education programmes continue to transmit traditional, sexist ideas regarding human sexuality to yet another generation of young people.

Key words: sex education, moral-preventionist models, sexism, sexuality.

Introducción

La coexistencia del *modelo moral-conservador y de riesgos configura el marco actual en el que se de-*

sarrollan experiencias de educación sexual. Tres son las principales características de este modelo: *permisivo, sanitizado y orientado a la reproducción social*.

Correspondencia:

María Lameiras Fernández

Universidad de Vigo

Facultad de CC. de la Educación (Campus de Ourense)

Avda. Castelao s/n

32004-Ourense

E-mail: lameiras@uvigo.es

Fecha de recepción: 10 de marzo de 2007.

Fecha de aceptación: 6 de junio de 2007.

La actitud de permisividad desde la que se aborda la educación sexual constituye en la actualidad el caldo de cultivo sobre el que se tejen las demás características de la educación sexual. Se pasa de una actitud negativa y prohibitiva, propia del modelo moral, a otra menos negativa caracterizada principalmente por la creciente “sanitarización” de la sexualidad, que es engullida por la salud; y por su “instrumentalización” como herramienta para la reproducción social. En este sentido, detrás de esta creciente medicalización e instrumentalización de la sexualidad subyace todavía un modelo moral que muchos consideran, erróneamente, erradicado.

Modelo actual de educación sexual

Una educación sexual permisiva

Tras varias décadas caracterizadas por numerosos cambios sociales (evolución de las costumbres, industrialización, incorporación de las mujeres al mundo laboral, planificación familiar o aparición de ETS como el VIH/sida) se percibe un cambio de actitud, pasando de la anterior actitud prohibitiva del modelo moral a una más permisiva, a través del modelo de riesgos; cambio que a primera vista puede parecer radical, pero que si analizamos en profundidad es una cuestión más bien de forma que de fondo. Así, lo que antes no se quería abordar, lo tabú, es ya inevitable y empieza a ser urgente, y como ya defendía Rousseau en el siglo XVIII, la forma de abordarlo pasa por los criterios de heterosexualidad y reproducción. *Se pasa de una actitud prohibitiva a una actitud permisiva, igual de mala o desaconsejable que la anterior.* Se pasa de lo que Amezúa (1978) denomina “educación” a la “deseducación” (1), es decir, de una actitud negativa, restrictiva y nefasta de la dimensión sexual humana (prohibitiva), a una actitud menos negativa, menos restrictiva y menos nefasta (permisiva). Esta permisividad es la manera más adecuada de afirmar la prohibición como telón de fondo, ya que cuando algo se permite es indudablemente porque está prohibido. Así, los hijos/as de aquella generación que intentó por todos los medios separar el sexo de la idea de prohibición son los que lo utilizan como principal adjetivo en un gran número de miserias (2-5). Ésta es la actitud en la que se enmarca la sexualidad y la educación sexual: *una actitud permisiva que continúa desgajando la dimensión sexual humana de su complejidad y riqueza, que la restringe a la reproducción, la genitalidad y la higiene.*

Una educación sexual sanitizada

Esta actitud permisiva, menos mala que la anterior o, si se quiere, menos buena de lo que en un primer análisis puede parecer, se articula de acuerdo a unas normas: “Podéis gozar del placer mientras lo hagáis de forma higiénica, sin riesgos y con seguridad”. De esta forma, la educación sexual ha sido absorbida por la educación para la salud, por la prevención y la asistencia (6); destaca un modelo de educación sanitizado, centrado en la prevención de riesgos, que promueve un modelo de sexualidad reduccionista y, como tal, coital y genitalizada (7).

Este modelo médico prevencionista y asistencial adquiere también tintes moralistas típicos del modelo moral o represivo, y de una forma no tan diferente a los siglos pasados convierte la sexualidad en fuente de miedo, dolor, castigo, culpabilidad y peligrosidad social. Así, bajo la “hegemonía de la salud” se ampara un modo particular de hacer educación sexual. Pero *¿de qué salud estamos hablando?* Los organismos internacionales consideran la salud como el pleno desarrollo personal y social y no sólo como la ausencia de enfermedad, pero conviene leer más allá de esta definición integral que la mayoría de las veces es una cuestión más de forma que de contenido. En este sentido, tras esta concepción amplia de salud, cuando profundizamos en los objetivos y actividades propuestos por estos organismos, comprobamos que estas palabras se convierten en pura retórica que bajo otra apariencia continúa situada en aquella definición inicial de salud (“salud como ausencia de enfermedad”). Para Amezúa (2), la Organización Mundial de la Salud confunde la educación con la práctica asistencial, sobre todo en lo que a educación sexual se refiere.

Esta obsesión por la salud, y más concretamente por la salud sexual, ha sido potenciada en nuestros días por la aparición de la infección VIH/sida, que ha contribuido, sin duda alguna, a esta medicalización de lo sexual, convirtiéndose en un arma arrojadiza de todos aquellos grupos conservadores para señalar a otros grupos minoritarios y hacerlos responsables de su propia “desgracia”, de su castigo por transgredir las normas convencionales. Se ha aludido así, y se sigue aludiendo, a los factores individuales como los únicos importantes en el control de la enfermedad, olvidando otros tanto o más importantes como son los sociales, los culturales o económicos, y descargando toda responsabilidad y, de paso sea dicho, toda culpa en las personas contagiadas (8). Frente a esta situación debemos recordar que la sexualidad no es una enferme-

dad, sino una dimensión de la persona que necesita ser educada, cultivada en toda su complejidad y magnitud.

Por otra parte, estudiar la educación sexual dentro del marco más amplio de la educación para la salud conlleva una serie de *riesgos* que evidencian que este modelo no es el más adecuado. Algunos destacables son la *biologización de la sexualidad*, que supone equiparar sexualidad con coito, reducirla a los órganos genitales y sobredimensionar su función reproductora frente a otras como el placer o la identidad. Fruto de lo anterior se defiende y se presenta como único modelo válido una *sexualidad heterosexual y genitálica*, legitimando un solo tipo de sexo: el de la pareja heterosexual, monógama y legitimada; y se niega o se *silencia la sexualidad femenina*, pues al ser la reproducción la función más valorada, el clítoris, principal órgano del placer femenino, no forma parte de los contenidos prioritarios. No se estudia la dimensión sexual humana, sino el coito y las averías en su funcionamiento, el “locus genitales” eclipsa la complejidad de la dimensión sexual humana, y la *sexualidad se convierte en sexo que se hace*, en una necesidad que se satisface de un modo concreto. En este sentido, una de las prácticas más extendidas en educación sexual es la de recomendar el preservativo, publicitarlo o adiestrar en su manejo, lo que no hace más que potenciar un gran empobrecimiento del hecho sexual en sí mismo, del “ars amandis”, y un fortalecimiento de la genitalización (6).

Este biologicismo se evidencia en España por la inclusión de la mayor parte de los contenidos de educación sexual en las áreas de biología y ciencias de la naturaleza, restringiendo las aportaciones de la psicología, la pedagogía, la antropología, la sociología o la historia. Al intentar explicar la dimensión sexual humana desde una sola disciplina se produce una “colonización” más vinculada a la ideología de la represión que a la ciencia (9).

Otros riesgos derivados de este falso naturalismo son los de *equiparar la sexualidad humana con otras funciones biológicas humanas, hábitos o conductas mecánicas o repetitivas*, tales como hacer la digestión o menstruar, lavarse los dientes o incluso mantener una higiene sexual adecuada; pues mientras no existe ninguna regulación social que nos impida desayunar o nutrirnos, sí que existe un fuerte control social de nuestra sexualidad que tiene un carácter convencional y arbitrario (10). La sexualidad e incluso la problemática del sida no deben ser tratadas como el tabaquismo, el colesterol, la vida sedentaria, el al-

coholismo o la obesidad, ya que tienen un fuerte componente relacional del que estas otras cuestiones carecen.

En definitiva, el currículum se convierte en el espacio idóneo en el que incluir programas de educación sexual que incluyen estos elementos con un fuerte carácter fundamentalista (9).

En este sentido, la educación sexual, dentro del marco más amplio de la educación para la salud que hoy se practica, *utiliza el miedo como principal recurso para el aprendizaje*. Un miedo que lleva al desencuentro y la desconfianza de todo lo que viene del otro; un miedo, en definitiva, que es más el miedo adulto que el de jóvenes y adolescentes. Miedo adulto no sólo a la problemática derivada de la relación sexual, sino a la sexualidad adolescente en sí misma. En la actualidad, este paternalismo asistencialista, esta insistencia en la protección a ultranza de la salud, revela más lo que obsesiona a los mayores que lo que de hecho interesa a los/as adolescentes. El resultado no es ayudar a los/as jóvenes y adolescentes a afrontar su sexualidad con realismo y calma, sino todo lo contrario: crear jóvenes acríticos e irreflexivos, sumisos e impresionables, que no son más que meros receptores del miedo y las inquietudes adultas.

Una educación sexual para la reproducción social

La tercera premisa que caracteriza a la educación sexual es su instrumentalización como herramienta para la reproducción social, como mecanismo de poder. En esta línea, son muchos los autores que denuncian que los criterios de selección de contenidos en el currículum no son ni mucho menos asépticos (11), sobre todo cuando se refieren a la sexualidad humana. Así, no existen grandes problemas en establecer el currículum de matemáticas o de lengua, pero no ocurre lo mismo cuando se hace el de sexualidad humana. De esta forma, la administración educativa, los/as educadores/as, los padres/madres no ponen reparo cuando se educa a sus hijos/as en matemáticas o en lectoescritura, más bien al contrario, pero sí lo hacen cuando lo que se pretende es educar su dimensión sexual. Por ello, cuando esto se hace se atiende a un modelo silenciador que reproduce determinados aspectos, y silencia o condena otros. Las autoridades educativas utilizan justificaciones absurdas para no incluir algunos aspectos importantes de la dimensión sexual en el currículum, basadas en lo reciente de los descubrimientos sexuales o en la sobrecarga de aspectos a tratar; los cuales no dejan

de ser falsos, pues las teorías sobre la reproducción y las de la orientación sexual surgen en la misma época histórica y las primeras se incluyen, mientras que las segundas no; en cuanto a la sobrecarga, se incluyen temas de educación vial, educación ambiental, educación para la salud o educación para el consumo, pero no se incluye de la misma forma la educación sexual. Además, contenidos de sexualidad excluidos del currículum tales como la homosexualidad se ajustan a los intereses de los alumnos/as, a la adecuación a sus necesidades y desarrollo cognitivo y a la conveniencia de su tratamiento o necesidad de su conocimiento. Sin embargo, no se ajustan al criterio de convencionalidad y consenso, lo que demuestra que esta selección de contenidos no es todo lo objetiva que nos quieren hacer ver. Los procesos “tecnológicos” de selección de contenidos disfrazan a los “ideológicos” (12), la selección de contenidos no se hace al margen de los valores sociales y culturales; el objetivismo y cientificismo en la selección de contenidos constituye *un instrumento*, una falacia del capitalismo *para reproducir una concepción conservadora, moralista y sexista de las relaciones sexuales*.

Se produce así el fenómeno de reproducción cultural, donde los recursos didácticos son un filtro de selección de aquellos conocimientos y verdades que coinciden con los intereses de las clases y grupos sociales dominantes (11). Los que interesan se promocionan, los que no se silencian. El discurso del poder se pone al servicio de este instrumento de dominación, amparado en aspectos antes señalados tales como la excesiva preocupación por la promoción de la salud, la estrecha asociación entre sexualidad y enfermedad, y el enfoque preventivo y del miedo como forma principal de persuasión (10).

Foucault (13) incidió en la relevancia y naturaleza de este discurso del poder y señaló: “¿Acaso la puesta en discurso del sexo no está dirigida a la tarea de expulsar de la realidad las formas de sexualidad no sometidas a la economía estricta de la reproducción: decir no a las actividades infecundas, proscribir los placeres vecinos, reducir o excluir las prácticas que no tienen la generación como fin? (...) Toda esa atención charlatana con la que hacemos ruido en torno a la sexualidad desde hace dos o tres siglos, ¿no está dirigida a una preocupación elemental: asegurar la población, reproducir la fuerza de trabajo, mantener la forma de las relaciones sociales, en síntesis, montar una sexualidad económicamente útil y políticamente conservadora?”.

Conclusiones

Frente a la falsa creencia de haber llegado a un modelo de educación sexual deseable, nos encontramos todavía con un modelo ciertamente conservador, en el que lo que choca con el discurso oficial, aquello que resulta incómodo, sigue silenciándose; y son precisamente estos silencios los que mejor definen la ideología con la que se vincula el modelo educativo, mejor aún que aquello que se expone explícitamente (14). Paradójicamente, “al hablar tanto del sexo, al descubrirlo, desmultiplicarlo, compartamentado y especificado justo allí donde se ha insertado, no se buscaría en el fondo sino enmascararlo: discurso encubridor, dispersión que equivale a evitación” (13).

Éste es en general el modelo actual de educación sexual tanto a escala nacional como internacional: las actitudes de prohibición se esconden detrás de la permisividad y de los polimorfos discursos del poder, y la salud ha devorado a la sexualidad, convirtiendo la educación sexual en un modo de reproducir una *concepción tradicional y sexista de las relaciones sexuales*. La peligrosa verdad del sexo, que no es más que el “hecho sexual humano” abordado desde el moderno paradigma de los sexos, basado en la construcción del individuo como ser sexuado, continúa siendo silenciada.

Referencias

1. Amezá E. Una nueva forma de ver y de vivir la sexualidad. Curso de Educación Sexual 2. Revista Vida Sanitaria 1978;2:31-8.
2. Amezá E. Teoría de los sexos. La letra pequeña de la sexología. Revista Española de Sexología 1999;95-6: (monográfico).
3. De la Cruz C. Educación de las sexualidades. Los puntos de partida de la Educación Sexual. Revista Española de Sexología 2003;119 (monográfico).
4. Malón A. Abusos sexuales infantiles: Del discurso de la violencia a la violencia del discurso. Revista Española de Sexología 2003;120 (monográfico).
5. Malón A. Infancia, sexualidad y peligro. El moderno discurso del abuso en las sociedades contemporáneas. Revista Española de Sexología 2003;121-2 (monográfico).
6. Amezá E. La educación de los sexos. Revista Española de Sexología 2001;107-8 (monográfico).
7. Oliveira M. La educación sentimental. Barcelona: Icaria, 1998.
8. Vance CS. Anthropology rediscovers sexuality: A theoretical comment. Social Science Medicine 1991;33(8):857-84.
9. Barragán F. Sexualidad y currículum: Una perspectiva interdisciplinar. Santiago de Compostela: Tórculo, 1997.
10. Barragán F. Currículum, poder y saber. Un análisis crítico de la educación sexual. Anuario de Sexología 1995;1:83-90.
11. Torres J. La desmotivación del profesorado. Madrid: Morata, 2006.
12. Barragán F. Selección de contenidos en ciencias sociales. Currículo 1990;1:93-105.
13. Foucault M. Historia de la Sexualidad. Vol.1. La voluntad de saber. Madrid: Siglo XXI, 1978 (Versión original, 1976).
14. Eagleton T. Literatura y crítica marxista. Madrid: Zero, 1978.